

Cómo citar este trabajo: Martínez García, R. (2024). [Review of the book *El Palmeral de Orihuela. Historia y Patrimonio Cultural* by M. Cecilia Espinosa & G. Ruiz Ángel]. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (102). <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/3566>

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Cecilia Espinosa, M., & Ruiz Ángel, G. (2023). *El Palmeral de Orihuela. Historia y Patrimonio Cultural*. Universidad de Alicante & Cátedra Arzobispo Loazes, 171 pp.

Rafael Martínez García

Colegio Oficial de Geógrafos (España)

Los palmerales del sureste ibérico —principalmente, los de mayor extensión, ubicados en los municipios alicantinos de Elche y Orihuela—, conforman un paisaje de reciente patrimonialización. En ese viaje de ida y vuelta que, haciendo uso de la metáfora, constituye el hecho patrimonial, en la sociedad tradicional, la relevancia agraria del palmeral - un agroecosistema funcional y rentable - fue la que permitió su mantenimiento y conservación; a partir, sobre todo, del último tercio del siglo XX, en el contexto de la creciente urbanización y del abandono de la agricultura, los palmerales perdieron valor y se descuidaron; en la actualidad, se les vuelve a otorgar protagonismo, si bien no agrícola, sino cultural e identitario. Una corriente reivindicativa, sin duda, bienvenida, pese a que determinadas actuaciones realizadas en aquellos resulten difícilmente subsanables, como la masiva edificación, la destrucción de hábitats característicos o, incluso —como en San Gabriel (Alicante)—, la creación (1997) de un parque “con pequeños ríos artificiales, cascadas y un lago...”, intervenciones que han alterado profundamente la fisonomía de los antiguos huertos.

De todo ello nos habla esta monografía, obra de los doctores Mariano Cecilia y Gemma Ruiz, docentes en la Universidad de Murcia y vinculados profesionalmente al Museo Diocesano de Arte Sacro de Orihuela. Dividido en cinco capítulos: introducción (1), la Orihuela islámica (2), el palmeral de San Antón (3), el patrimonio vinculado a él (4), la degradación de la ciudad y lo que nos depara el futuro (5), el objetivo principal del libro es el análisis histórico, cultural y patrimonial de este paisaje singular, testigo de prácticas agronómicas herederas del mundo islámico.

Un libro profusamente ilustrado, entre otros, con mapas que vienen en auxilio de unos textos, por otro lado, de lectura amena. Una obra que sigue la estela de aquellas que, directa o

indirectamente, también abordaron el estudio del palmeral oriolano. Así, queremos mencionar aquí a Canales, De Gea, Diz, Ferrández o Ruiz -por citar algunos-, todos ellos reflejados en la bibliografía que se incluye en las páginas finales.

De manera acertada, los autores establecen un recorrido histórico por el palmeral de la ciudad, desde su origen como aprovechamiento agrícola periurbano hasta su degradación y actual reivindicación como entorno a proteger. Presentes en el área mediterránea desde la Antigüedad, a partir del período andalusí, las palmeras modelarán un paisaje de estructura reticular que acogerá cultivos asociados. Las hileras de aquellas delimitarán espacios en los que se plantarán diferentes especies arbóreas y herbáceas, conformando una explotación de “suelo” y “vuelo” cuyo desarrollo dependerá de la presencia de las palmáceas en los bordes del parcelario, plantas que proporcionarán sombra y retendrán la humedad del agua que circulará por acequias trazadas a sus pies. Esta suerte de policultivo intensivo conservado en las mencionadas poblaciones, configura una “agricultura de oasis”, transferencia cultural de procedencia oriental que ha llegado a nuestros días.

Así como el palmeral de Elche surgió en la llanura aluvial del Vinalopó, en su margen izquierda, el de Orihuela —de menor amplitud— se extiende al amparo de las sierras inmediatas que lo circundan, constituyendo un paisaje diferente del ilicitano. En torno al de Elche se creó un sistema de regadío que articulaba la medina y su dominio agrario; el de Orihuela, por su parte, aprovechaba las aguas provenientes tanto de diferentes nacimientos de la zona, como escorrentías de los barrancos cercanos y las esporádicas crecidas de la Rambla de Abanilla. Aguas que la red de avenamiento devolvía al río para que, curso abajo, volvieran a nutrir la feraz vega, edificio hidráulico de freático somero y drenaje precario que integra la huerta del Segura.

Al igual que ocurriera en otros territorios, tras la conquista cristiana —en palabras de los artífices del volumen—, “el paisaje cultural islámico pervivió en la nueva sociedad [...], siendo la palmera y los palmerales abundantes en el entorno de la ciudad y su huerta” (p.73). Siglos más tarde, a partir del XVII, encontramos que el cabildo de la catedral se ha convertido en el principal propietario del palmeral, cuyas tierras cederá en arrendamiento. Las producciones de lino y cáñamo adquirieron gran importancia, como atestigua la existencia de balsas y la construcción de la denominada “Casa del Cabildo”, donde se almacenaban las cosechas.

También en el XVII se erigirá en la zona una ermita bajo la advocación de San Antón, edificio en torno al cual se irá organizando un poblamiento, hasta entonces, escaso.

Un siglo más tarde, la ermita se habilitará como convento y hospicio de la comunidad de los Antonianos, adoptando la imagen actual. Con el paso del tiempo, este templo se convertirá en el elemento estructurador e identificativo del barrio de San Antón, escenario relevante en la entrada de cada nuevo obispo en la ciudad. El prelado, tras cruzar la comarca, reponía fuerzas en este santuario, desde donde entraba en la población por la puerta de “la Olma”, montado en una mula blanca, acto que, además de en Orihuela, solo se ha conservado –al parecer– en la diócesis de Sigüenza.

Por otro lado, también en el XVIII, el gobierno municipal decidirá embellecer el camino de Valencia, que atravesaba el palmeral, sobre el que se proyectó una alameda, cuyos restos aún se observan, invadidos por el asfalto, el tráfico rodado y las construcciones contemporáneas.

Ya en el XIX, tras la instalación de unos lavaderos públicos por parte del obispado (1859), en las postrimerías del siglo se iniciará la construcción de unos baños que, en pleno auge del turismo termal, pretenderán aprovechar las propiedades medicinales de las aguas que manaban en las inmediaciones, conocidas desde tiempo atrás. La captación de turistas pasaba porque el Ayuntamiento –según recogía la prensa local– erradicara las casas-cueva, con el fin de permitir el disfrute de un paraje singular.

Mediado el siglo XX, los usos agrícolas comenzaron a decaer y San Antón continuó envuelto en un ambiente de marginalidad y deterioro, del que no lo ha rescatado su desmedida urbanización. No obstante, en 1963, el palmeral de Orihuela sería declarado Paisaje Pintoresco y, años más tarde (en 1985), Bien de Interés Cultural. Últimamente, (2024), se ha incluido en la red europea de jardines históricos, iniciándose los trámites, a su vez, para que la palmera datilera sea declarada Bien Inmaterial por la UNESCO.

Coincidimos con los autores en que el palmeral es uno de los lugares de mayor acervo patrimonial, material e inmaterial, de la antigua capital de gobernación. Un paisaje único constituido por unos huertos protegidos por los escarpes montañosos que los envuelven. Una superficie salpicada de restos arqueológicos que cruzaba el camino de Valencia -hoy avenida Dr. García Rogel y CV 9242- , por el que transitaban los nuevos obispos que accedían a la silla oriolana.

Una barriada que, cada 17 de enero, festeja a su patrón, realiza la rifa de la cerda y celebra su concurso de charlatanes. Un palmar alterado que aún conserva la memoria de sus producciones (dátiles, palma blanca, escobas, cestería...). Un entorno, el de San Antón, cercano, por otro lado, a las calles que guardan la memoria de Miguel Hernández, cuya potencialidad, vinculada a aquel, urge poner en valor.

Nos felicitamos, por tanto, de la aparición de libros como el que nos ocupa, volumen que analiza la historia de este agroecosistema ponderando su relevancia histórica, obra que se une a una serie de iniciativas que, desde hace años, el Ayuntamiento de la ciudad viene desarrollando, con el fin de poner en valor esta área: así, la realización del censo de ejemplares o la apertura del centro de interpretación, junto a numerosas propuestas de carácter divulgativo, avalan el buen hacer de la administración local en defensa del patrimonio.